

Eva Andraya



Prisionera

Prisionera

Eva Andraya

©Eva Andraya

©Prisionera

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Hay historias de locura, dolor y desengaño que nacen del alma, otras la escriben tus dedos como si alguien te lo susurrara al oído. Ésta es una de esas historias. Como suelen decir en televisión, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Para Ángela, mi Athenea personal, con mucho cariño.

Prólogo

Esta es la historia de mi vida.

La verdadera historia de lo que pasó, escrito por mi puño y letra. Estoy cansada de ver lo que la basura televisiva habla y supone, aburrida de que inventen, exageren o exploten lo que nos sucedió.

No estoy al tanto de cada una de las versiones que corren, por lo que les ruego que lean esto como si fuera una novela de terror, ajena a lo que hayan escuchado, pero no se equivoquen, no tiene nada de ficticio.

La gran mayoría cree saber quién soy por mi implicación en el caso ‘Sombra’, soy la única de la que se conoce la cara y la identidad. Por respeto a mis compañeras, he cambiado sus nombres en mi relato para respetar su intimidad. Creo que se lo han ganado.

Así pues, si están dispuestos a pasar conmigo un buen rato, por largo tiempo que no por agradable, les contaré lo sucedido... Si no les importa, me guardaré para mí algunos de los detalles más duros. No me malinterpreten, lo único que quiero es proteger su sensibilidad de las brutalidades que vivimos.

Si creen o no en mis palabras, ya es cosa suya.

Mis motivos para escribir son simples: contar la verdad, guste o no a los medios o a la sociedad. Fuimos víctimas que hicimos lo necesario para sobrevivir hasta ser liberadas. Aunque no contábamos con que eso sucediera.

No lo hago por dinero, ya que lo que se recaude de la venta de los libros, irá a parar a la fundación que hemos creado, que se dedicará a ayudar a éstas y otras mujeres maltratadas. No busquen dicha fundación, protegemos con mucho celo cualquier cosa que tenga que ver con ella. Cualquier intento de sonsacarnos información acabará en los juzgados.

Estas mujeres necesitan empezar de nuevo, limpiar sus nombres, recomponer sus cuerpos y sus almas, levantar la cabeza y contemplar el

mundo. Es hora de perder el miedo, de empezar a andar.
El tiempo de odiar y temer ha terminado.

Capítulo 1

Empiezo por milésima vez este fragmento. Siguiendo las indicaciones hago lo más sencillo. Empezar por el principio.

Nunca he sido una persona demasiado positiva, siempre he aspirado a más de lo que tenía, ya que en realidad no tenía mucho. Mis padres son la típica familia a la vieja usanza, es decir, él trabaja y ella está en casa cuidando y criando a sus hijos. Sus costumbres son tan prehistóricas que mi padre nos educaba con mano de hierro y su cinturón de cuero. Apenas cumplimos la mayoría de edad, todas las hijas nos fuimos de casa. Las dos mayores, se casaron por amor. La tercera, vive con un hombre similar a mi padre. Por mi parte me fui a vivir sola, lo que me costó el rechazo de la mayoría de mi familia. Los dos gemelos, vivían con mis padres, quiero creer que para ayudar y proteger a mi madre.

Recuerdo el día en que me fui con mucha claridad. Para evitar que mi madre tuviera un duro encontronazo con el cinturón de mi padre, esperé a que salieran el sábado. Era el día que mi padre la exhibía como un trofeo por los bares del barrio en que vivíamos.

Pensaban que seguía estudiando, como el resto de mis hermanas hicieron, ya eran lo que él quería: esposas. Aunque no hubiese escogido a esos hombres, sí habían cumplido sus órdenes. Mi padre decidió hacerme maestra. Eso le daba distinción a la familia. Mi sueño era ser escritora, elección que se ocupó de borrar de mi mente tras una mano rota y un par de costillas a juego, sin contar los bonitos moratones que decoraron mi cuerpo durante semanas.

Las cosas se precipitaron cuando tras aprobar la selectividad mi nota no daba para entrar a Magisterio. Me aterró, así que mentí.

Aproveché el verano para encontrar trabajo. Tuve suerte. Justo cuando empezaban las clases empecé de cajera en un supermercado de la otra punta

de la ciudad. Durante unos meses hice ver que me iba a clase, cuando en realidad me iba a trabajar, guardaba el dinero en una cuenta de la que había escondido la libreta. Si mi padre supiera que el dinero que me había dado para la matricula y los libros, estaba en mi poder, lo hubiera pagado muy caro.

En realidad no sabía qué hacer, estaba tan asustada que no pensaba con demasiada claridad, lo único que sabía era que tenía que salir de allí antes de que me descubriera. Sobre todo cuando el día de mi cumpleaños, al hacer los diecinueve, me comunicó que me había encontrado novio.

Esa misma tarde, lo conocí.

Mi imaginación siempre ha sido muy activa, por lo que fui gratamente sorprendida cuando resultó ser un chico joven apenas diez años mayor que yo. Incluso me permití sonreírle. Cuando me susurró al oído que era demasiado presumida y que se encargaría de volverme humilde al casarnos en unos meses, supe que era igual que mi padre. Convertiría mi vida y la de mis hijos, en una pesadilla. Ambos pensaban que era demasiado bonita para mi propio bien.

A los tres días, salía a hurtadillas por la puerta.

Para no levantar sospechas apenas me llevé nada, sin saber dónde ir, me escondí en casa de una de mis hermanas. Ella, a pesar del miedo que aún le tenía a nuestro padre, me ocultó unos días hasta que decidí que hacer. Mi cuñado y mis tres sobrinos fueron unos ángeles, no sólo se portaron muy bien conmigo, sino que no dijeron nada cuando mi padre se dio cuenta de que me había escapado y se desató el caos.

Tuve suerte que mi padre no supiera que la casa de mi hermana tenía un pequeño desván encima de la casa, la escalerilla estaba oculta dentro de uno de los armarios empotrados. Supongo, que eso era cosa de mi hermana, para casos de urgencia mayor después de tantos años bajo la mano de nuestro padre.

Con el corazón en un puño, mirando a mí alrededor, y con mi hermana de la mano conseguí montarme en un autobús sin que nadie me descubriera. Ambas lloramos, aún no se si era porque iba a ser libre o de puro miedo. Era la única en la que confiaba, ya que mi padre vigilaba y presionaba a cada uno de los integrantes de nuestra familia.

Dejé parte de mi alma junto a ella cuando el autobús arrancó. Sólo me acompañaba su amor incondicional, cuatro mudas de ropa, dos libros y algo

de dinero oculto en mi viejo peluche.

Me sentí valiente, me sentí cobarde.

Lo cierto es que huía del destino que me estaban forjando a la fuerza. Mis hermanas habían escondido a sus ‘novios’ hasta el momento de casarse, para que mi padre no pudiera evitarlo, conmigo no se había arriesgado, buscándome a alguien de su agrado.

Denunciar no era una opción, era lo peor que podía hacer. No sólo porque se volvería loco y me mataría, sino porque el resto lo negaría por miedo a lo que les pudiera hacer. Tenía que pensar en mis sobrinos, que hasta ahora habían estado alejados de su mano. Era lo único que mi hermana me había pedido.

Me bajé en una de las paradas de la mitad del itinerario, a unos setecientos kilómetros de casa, por miedo a que descubrieran que lo había cogido y fueran hasta el final del trayecto, a unos quinientos kilómetros de donde me bajé.

Tenía muchas ideas, muchos proyectos en mente. Iría a casa de una tía lejana de mi cuñado, al menos hasta encontrar un cuarto que pudiera pagar. Mi prioridad, encontrar trabajo. Luego, una vez tuviera ambas cosas, estudiaría algo que me ayudara a prosperar, a no ser una mujer sin recursos.

Me arreglé en el baño de la estación, no creo que la vieja mujer le hubiese gustado verme tan sucia y desaliñada. Por primera vez en mi vida me pinté, me temblaba la mano cuando usé el pintalabios de mi hermana. El pequeño neceser que me había regalado, contenía productos que solo había visto en televisión. Tardé en recordar las instrucciones de cómo usar cada botecito y para que servía.

Casi podía sentir la mirada acusadora de mi padre.

Volví a pintarme los labios tras romper otra regla más y devorar el único bocadillo prefabricado comprado sin su consentimiento. Salí dispuesta a comerme el mundo, libre por fin del mal.

Qué tonta, qué confiada.

No escuché siquiera los pasos que me seguían cuando me metí en una de las callejuelas oscuras para llegar antes a mi destino. El golpe sordo que oscureció mi visión, fue el único aviso que recibí.

Capítulo 2

Dejo de teclear y suspiro. Fin de la introducción. ¿Debo contar las cosas como las recuerdo o como sería mejor para mis lectores? Se que el editor quiere que lo haga a mi manera y luego lo retocaran. No es lo que quiero pero entiendo su punto de vista. Se juega el culo tanto o más que yo.

Creo que será mejor que algunas cosas las escriba solo para mí, una especie de terapia. Cuando escupa mi veneno, quizá pueda leerlo con retrospectiva y pueda suavizar las cosas.

Inspiro profundo para detener las arcadas. Necesito contar mi historia, por más que me hiera.

El dolor me daba arcadas, intentar abrir los ojos me traspasaba el cerebro. El rumor de voces de fondo, incomprensibles para mí, me atormentaba. Creo que me desmayé varias veces antes de recuperar por completo el conocimiento.

Me costó fijar la mirada, cuando la centré me maldije por lograrlo. Estaba en un cuarto, lujoso... Con cadenas en las paredes y seis pares de ojos mirándome. Puede que fuera virgen pero sabía qué brillaba en esos ojos, qué querían de mí.

Uno de ellos me miró con posesividad, les dijo lo complacido que estaba. Era un buen regalo para cerrar un trato.

¿Qué si me violó?

Desgarró mi ropa con brutalidad, los otros hombres se reían de mis esfuerzos para protegerme.

Basta decir que no me sirvió de nada, estuvo profundamente enterrado dentro de mí antes de poder gritar.

Oh, mi virginidad le divirtió. Me manoseó, pellizcó y lamió como quiso, cada intento de alejarlo me costaba más golpes. No por eso dejé de intentarlo.

Se vació dentro de mí varias veces, a pesar de la impaciencia de los mirones. Cuando se hartó, les dijo que era su turno... que como había sido virgen, quería que fuera sola suya hasta que se cansara de mí.

Durante un segundo tuve esperanzas.

Se encargó de arrebátarmelas.

Si bien reclamaba mi feminidad, el resto de cavidades estaba a su entera disposición y disfrute.

Lo hicieron.

Cada esfuerzo de resistencia, me causaba más dolor. En algún momento dejé de intentarlo. Sólo hubo una cosa con la que podía enfrentarme, aprendida de las palizas de mi padre: no grité ni supliqué. Lloré, eso sí, no pude evitarlo.

Eso arrancaba una sonrisa a mi dueño .

Derrotada, humillada, dolorida, sangrante y violada perdí el conocimiento.

Los primeros días, creí que era una pesadilla de la que no podía despertar, hasta que no me quedó otra que reconocer la verdad. No me forzaron en unos pocos días, no por mi estado de salud lamentable, poco les importaba, sino porque no cumplía los requisitos para sus juegos. Sin resistencia no había diversión.

La primera noche que me violaron, me desgarraron, por lo que estuve a punto de morir desangrada. Mi nuevo amo y señor me concedió una semana para recomponerme. No puedo decir si me llevaron a un hospital o no, creo que me curó ese horrible e insensible matasanos que siempre nos cosía las heridas.

Estuve inconsciente la mayoría del tiempo, al borde de la muerte.

En mis alucinaciones escuchaba la voz de mi padre repitiéndome una y otra vez que ese era mi castigo por ser tan mala hija. Tan mala estudiante, tan mala persona. Estaba convencida que era el castigo que me imponía por escapar de casa. Cuando la fiebre subía, mis miedos también. Me aterraba descubrir qué vendría a continuación, cuando supiera que le había engañado sobre mis estudios. ¿O cedería ese premio a mi prometido?

Cuando conseguí despertar y volver en sí, supe que estaba en un sótano. Y no estaba sola. Éramos unas quince o dieciséis chicas de cualquier edad y raza. Algunas solo hablaban su dialecto, aunque si entendían las ordenes que se les había enseñado. La suciedad de “nuestros aposentos” se mantenía a

raya. Lo justo para no enfermar. Ninguna pensaba en limpiar, no habían fuerzas, ni motivos o mucho menos ganas de hacerlo.

Teníamos dos aseos, pestilentes y mugrientos, utilizados solo cuando estábamos en condiciones de recibir “visitas”. Entonces, era obligatorio que fuéramos una por una y usáramos los fragantes potingues y aceites que nos proporcionaban. Las duchas, me recordaban a las de las prisiones, puestas unas al lado de las otras sin tabiques ni cortinas. Sin sitio donde esconderse, donde llorar o donde sentir pudor.

Una de las veteranas se apiadó de mí, me dijo que fingiera estar enferma un par de días más, que necesitaba recuperar fuerzas para lo que se me venía encima. No supe que quería decir, pero la preocupación de su voz me obligó a confiar en ella y seguir su consejo. *Hasta hace poco no supe porque lo hizo, nunca entendí porque confraternizaba con el enemigo. Incluso lloré su muerte cuando la eché en falta. Ahora lo sé, consiguió escapar esa misma noche fingiendo que estaba moribunda tras una paliza, la lanzaron al río creyéndola agonizante. No era así.*

Marta, que la llamaré así para que sepan de quien hablo, dio conmigo al tiempo de ser liberadas.

Mi padre siempre decía que las mujeres arderíamos en el infierno por las faltas cometidas, que éramos unas pecadoras, que no podíamos ni queríamos evitarlo. Debía educarnos porque la semilla de mal estaba en nuestra interior y debía demostrarnos qué nos deparaba el infierno.

Si algún día lee estas palabras, es posible que vuelva a condenarme a su eterno purgatorio, ahora mismo, es lo que merezco.

Si es cierto que existe, es posible que nos encontremos cara a cara con nuestros carceleros.

Las reglas de mi nuevo “hogar” eran sencillas. Cada uno de los hombres que venían a visitarnos tenía a sus favoritas.

Conté y odié de corazón a los treinta rostros que nos escogían. Si les apetecía divertirse, nos hacía pelear entre nosotras, la que caía, era violada. Por uno o por varios, dependía del “dueño” en cuestión que hubiera escogido y de sus gustos. Entre más te mantenías en pie, más codiciada eras por esas bestias inmundas, más odiada por las perdedoras. Era frecuente recibir una paliza mientras dormías si ganabas varias veces seguidas.

Me gané muchas de esas palizas. Al día siguiente, solía caer... otras, el odio me mantenía en pie.

Me volví un animal, una salvaje. No pretendo buscar excusas, ni pedir perdón. Hice lo necesario para sobrevivir como pude, era lo único que podíamos hacer. Por desgracia, yo tuve más perseverancia que ellas. Ya que la mayoría no conocía a nadie como mi padre. Seres así, solo eran personajes de las noticias o libros de ficción. En mi caso, conocía el sonido, el tacto y el dolor de un puño sobre tu cuerpo.

El desanimo, el hambre, el dolor... nos solía hundir, desesperar. No solo se nos agredía el cuerpo, se nos destrozaba la mente.

Muchas se intentaron suicidar, un par lo consiguieron, lo que lograron fue que recibiéramos una de las peores palizas de nuestro cautiverio. No hubo misericordia para ninguna, se nos fracturó piernas y brazos a modo de aviso.

Empecé a acostumbrarme al dolor, mi padre se había encargado durante años de cuartearme la piel con el cinturón. Sabía defenderme. Aunque nunca lo puse en práctica con él a causa del miedo. No creo que le hubiese gustado que su hija hubiese tomado clases de defensa personal cuando iba al instituto.

Atacaba sin piedad, sin remordimiento, mi única meta era sobrevivir. Que me forzaran el mínimo de veces posible. Fui violada por mi señor, compartida con sus amigos, golpeada por mis "compañeras".

Hubo semanas, en las que sólo me "tocaron" un par de veces. Un triunfo personal. Era tal mi furia y desesperación que ni siquiera me dejaba tocar por los amigos de mi señor, enfrentándome como un animal acorralado. ¿Qué si me gané palizas? Oh, sí, muchísimas, aunque aprendí varios golpes que luego me ayudaron a mantenerlos lejos de mi. Aprendía sus movimientos para luego neutralizarlos o utilizarlos. Ni siquiera si perdía, me sometía a su voluntad.

Mis compañeras empezaron a odiarme, se volvieron más agresivas, dejaron de sentir penas por si mismas, se endurecieron.

Nuestras peleas cada vez eran peores, ya que no esperábamos a que nos enfrentaran sino que no nos dábamos cuartel, nos acosábamos día y noche para debilitar a nuestras rivales.

A cada traición, me volvía más dura, menos humana.

No tarde en darme cuenta que tener remordimientos me hacía débil, me hacía odiarme por en lo que me estaba convirtiendo.

Descubrí que soy un monstruo mucho peor del que me escapé. Uno que, aunque me ayudó a sobrevivir, me aterra tanto que no se qué hacer para destruirlo .

Hasta ahora, ni los psicólogos ni los tratamientos han conseguido mucho. Sigo encerrando esos recuerdos, esos sentimientos en lo más profundo de mi ser. Me siento incapaz de enfrentarlos.

Quizá sea la única que lo reconozca, pero lo cierto, es que con sus abusos consiguieron que sacáramos al animal instintivo y primario que llevábamos dentro.

La fiera en la que me convertí, atrajo el interés de mi *señor*, en especial cuando conseguía derribar de una u otra manera a sus amigos. Esas escenas le divertían... hasta que casi me mataron cuando le rompí las costillas a uno de sus amigotes. Me sorprendió cuando les prohibió golpearme, al menos con tanta dureza. No podían quebrarme ningún hueso, ni cortarme con objeto punzantes. Al fin y al cabo, yo era su juguete preferido y no quería que me rompiera. Todavía.

Durante un mes estuve separada del resto, una consideración que no esperaba y que me salvo de que mis "*compañeras*" se animaran a terminar el trabajo. De estar entre ellas, era muy posible que me hubiera dejado asesinar.

Ese tiempo está borroso, no se si fue porque me sedaron o porque estaba semiinconsciente la mitad del tiempo. Solo tengo clara una cosa. Durante esos días, a mi *señor* le dio por pensar y tramar planes.

Malo para mí.

Decidió casarse conmigo. Me explicó con calma que pretendía educarme hasta que terminara de amoldarme a sus caprichos y ordenes. A cambio, él sería el único que me tocaría. Ya no compartiría el resto de mi cuerpo. Saldría del sótano, viviría en una casa, podría ver la luz del sol, salir y tener una vida de lujo, siempre que acatará cada una de sus órdenes. Tenía grandes planes para mí. Decía que teníamos un gran futuro juntos.

No me engañé, aunque sus palabras me hacían sentir esperanzas de futuro, en sus ojos podía ver que no le temblaría la mano a la hora de eliminarme si lo creía necesario.

Quise negarme... lo intenté, siete latigazos después accedí. No hacerlo era un suicidio y descubrí que quería vivir. No quería seguir siendo un insecto.

Aunque mi negativa le enfureció, también pareció complacerle. Le gustaba mi fiereza. Sonreía cuando hablaba con su mano derecha, diciéndole que una vez educada y que supiera donde estaba mi lealtad sería una buena esposa.

Contrató un médico privado, uno de verdad, para que me ayudara a recuperarme de mis heridas, ni siquiera probé de pedirle ayuda. Sabía de que lado estaba, cada vez que me miraba su rostro se crispaba de asco .

Sólo era una puta. Una con aspiraciones de señora. Por más que me resistí, en realidad, eso es en lo que me convertí. Era su zorra.

Contrataron a algunas mujeres para que me enseñaran a vestir, a andar, a hablar. Era necesario que obtuviera algo de clase. Algo más allá de lo poco que mi madre nos había enseñado. Quise pedirles ayuda, como lo deseé, quise ser valiente e intentarlo. Entonces aprendí otra cosa, mi cara era un libro abierto. Me costó tres dedos rotos, una paliza y que una de esas mujeres, desapareciera en compañía de sus matones.

Se jactó de matarla sólo para darme una lección.

Me enseñó las fotos... la violaron y descuartizaron. Lo mismo que me sucedería a mí si no aceptaba mi situación.

Lo entendí.

Era su juguete. Tenía planes para mí y mientras fuera así, seguiría con vida. El precio, era mi alma, así que la mantuve tan dura y despiadada como antes. Incluso más. Hasta que creí perderla por completo para convertirme en un monstruo.

De día, me instruían como se educa a las prostitutas de lujo en países orientales; de noche, mi amo no dudaba en demostrarme con dedicación y esmero que mi sitio estaba bajo su cuerpo. Y mi voluntad bajo la suya.

Fingía quedarme dormida después que se saciara de mí. Incluso, alguna vez practiqué la cara de satisfacción que se empeñaban en enseñarme. A fin de cuentas, mi señor era un hombre, uno cuyo ego y orgullo se jactaba de agotar a una hembra tan dura como yo.

Solía salir medio desnudo del cuarto, dejando abierta la habitación para que sus amigos me vieran. Les restregaba lo que me dejaba hacer sin resistirme. Para demostrar, que finalmente, era suya. Que había caído.

Bebían y hablaban ignorándome por completo. Sólo era una puta.

De esa manera, cuando salía y me dejaba a la vista, fue como me enteré la mayoría de sus secretos. Descubrí que se rodeaba de narcos, de traficantes de armas, que comerciaba con mujeres, órganos e incluso con niños. Explotaban a las féminas a un nivel escalofriante: las prostituían, alquilaban sus vientres, y cuando no servían para más, vendían sus órganos al mercado negro. Se enorgullecía de ser reconocido en media Europa.

El cabecilla de esa red... iba a ser mi marido.

El ser que me golpeaba, que me hacía suya sin compasión. El que tenía pensado poner a mi nombre obras de arte, casas y cuentas bancarias y pretendía que le diera tres o cuatro hijos antes de cansarse de mí y eliminarme.

Sí, en aquella cama aprendí mucho. Ultrajada y usada, aprendí a escuchar. A esperar.

En los meses anteriores mi obsesión fue sobrevivir a costa de mis compañeras. Después, solo quería huir, ocultarme, aunque también vengarme. La crueldad me envenenaba y me transformaba.

A marchas forzadas aprendí a ocultar mis sentimientos, a adaptarme a los de *mi señor*. De vez en cuando, mi carácter explotaba, convirtiéndome en una arpía desalmada que golpeaba a sus secuaces. La única válvula de escape que se me permitía.

Eso parecía encantarle. Muy pronto quedó claro entre sus hombres que solo me sometía a su voluntad.

No tuve que fingirlo.

Al fin, tras meses de esmerada educación que procuré memorizar, me casé. Incluso tuvimos una parodia de viaje de novios. No tuvo que obligarme a nada, conocía las consecuencias. Semanas antes, fui una novia emocionada que se dejó arrastrar por su madre y hermana por las tiendas de novias, buscando con emoción el vestido perfecto. Horas y horas buscando los complementos de tienda en tienda. Lo único que no escogí fue mi peinado y tampoco es que me importara.

Cuando llegó el día, me dejé disfrazar y maquillar como a una auténtica novia. Incluso logré sonreír en la iglesia y en las fotos posteriores. Verlo montarse una orgia en el jacuzzi de nuestra habitación en nuestra noche de bodas mientras yo permanecía atada a la cama, no me causó tanta rabia o miedo como él pensaba.

Creo que el muy idiota pensaba que en realidad sentía celos, si estaba con otras. Que lo deseaba para mí. ¿Se puede querer a un engendro así?

El odio ya me corroía ¿Qué más daba un poco más? Me preocupaba más que me pegara alguna enfermedad o que me dejara embarazada. Me aterraba ser madre. Una parte de mí sabía que terminaría por odiar al hijo de ese hombre, por no hablar del rehén que tendría para doblegarme si al final amaba a ese bebé.

Supongo que tuve suerte. Las palizas evitaron que eso pasara.

Viajamos por países de ensueño fingiendo ser una pareja feliz. Mientras yo simulaba estar embelesada por las culturas y las ciudades, él se reía de mi ignorancia. Me ganaba “golpes cariñosos” si mostraba interés en sus explicaciones, así que había días que parecía una niña pequeña de lo preguntona que me volvía. Mi marido disfrutaba de la compañía de otras esperando una reacción mía. Nunca supe cual esperaba. ¿Una escena de celos?

Quizá por eso representaba diferentes reacciones para ver cual le gustaba. Lo que un día le hacía reírse, al día siguiente era motivo de una paliza. Ese bastardo era tan variable que nunca pude saber que era lo que quería o esperaba.

Representé mi papel de esposa sumisa y obediente, aunque el odio que a veces brillaba en mis ojos parecía excitarlo. Me era imposible mantener siempre mi mascara, aunque cada vez se caía con menos frecuencia. Me gusta pensar que confundió ese odio con celos. Que se engañara de esa manera me hace sentir que no estaba tan dominada. Tan derrotada.

Aunque lo estuviera.

Mi rutina fue establecida. Escogió con esmero mis amigas, el pequeño grupo que debía frecuentar y agradar, estableció un horario con mis actividades al igual que mi ropa o mis salidas. Desobedecerlo era una completa tontería. Pronto descubrí que mi sometimiento absoluto lo aburría. Con lo que se divertía castigando a las chicas delante mí, ganándome su odio.

Los días que me veía con fuerza, montaba las escenas que tanto le gustaban, entre más violenta era con sus hombres, mejor me trataba. Me sentía afortunada, solo me rompió las costillas dos veces en cinco meses.

Estaba tan agotada, que supongo que me relajé.

Fue entonces cuando escuché una de sus conversaciones estando tumbada en su cama tras unos de sus maratones con su nueva fusta. Si en un mes no era lo que él pretendía, o me quedaba embarazada de una vez, iba a sufrir un pequeño accidente de coche que me mataría. Si es que no me arrojaban al mar. Bromeaban con como desaparecería. En si sería mejor devolverme al sótano o vender mis órganos.

Antes de entrar en pánico quise morir. No podía volver a pasar por eso. ¿Otra vez pasar de mano en mano? Esta vez, mis compañeras acabarían conmigo. Y con razón. Me había vuelto tan mala como nuestros captores.

Las siguientes semanas empecé a sufrir pequeñas rebeliones, débiles y distantes entre sí para que no sospechara de mis intenciones. Era cuestión de supervivencia.

¿Quería una arpía? La tendría. Prefería estar apaleada a descuartizada o salvajemente ultrajada.

Le encantó verme romper un Gucci de tres mil euros sólo porque lo había tocado uno de sus asquerosos amigotes.

Con eso me gané un bonito anillo de oro blanco con un rubí y una esmeralda. Pronto conseguí el resto de la colección.

Nunca me han gustado las joyas ostentosas, aunque esas, me hacían sonreír complacida. No por lo que él creía, sino porque cada una, demostraba que era mejor actriz de lo que nunca sospeché. Hasta mis mentiras eran creíbles.

Que me regalara joyas no significaba que no gozara golpeándome de maneras creativas. O volviendo a violarme. Eso formaba parte de nuestra rutina marital.

Fue por eso que se auto-regaló un cuarto para sus juegos sádicos que yo sabía que acabaría por probar. Lo tenía tan claro, como que usaría esos juguetes conmigo y cualquier otra que le apeteciera. Era cuestión de tiempo que me contagiara cualquier enfermedad venérea. Me enfermaba pensar que ya podría haber contraído el sida.

Una de esas veces en las que acabé tirada tras el sofá de su estudio, desperté cuando llamaron a la puerta. Mi *marido* no tuvo tiempo de ocultarme, por lo que fingí estar inconsciente (como casi siempre acababa cuando jugaba conmigo de esa manera) y me ocultó entre las cortinas y los sofás de diseño.

Entre brumas escuché como invitaba a tomar una copa al recién llegado, que resultó ser el vecino de la finca de al lado. Quería comprarle la casa y los terrenos, ya que no íbamos muy a menudo por esa casa. El cuerpo me dolía, aunque no tanto para no darme cuenta de que si se negaba era por algún motivo. Él prefería su otra mansión, la que estaba cercana a la sierra de Madrid, ya que era desde donde dirigía su red internacional. Afirmaba que las tierras eran ahora mías, que era mi regalo de bodas. Le prometió hablar conmigo sobre el tema para que yo decidiera.

Nunca lo hizo.

Días después llegué a la conclusión que nuestro vecino era un hombre

honesto, que no sabía con quién estaba hablando. Casi quise pedirle ayuda. Deseaba escapar, aunque no hasta tal punto de tener otro muerto sobre mi conciencia.

Los días pasaban sin que fuera dueña de mi cuerpo, mi vida o mis actos. Esas pequeñas rebeliones que tanto divertían a mi marido eran lo único que me mantenían cuerda, me hacían sentir una persona, no una mascota. Era por lo que seguía respirando.

Estando en el sótano con las otras chicas, escogí no llevar la cuenta de los días, era más fácil concentrarse en sobrevivir. Ahora, pese a estar en la casa, pensaba lo mismo. Se me permitía leer alguno de los libros de su biblioteca si estaba de humor para prestármelos. No tenía acceso a los teléfonos, periódicos, televisión y mucho menos Internet, no podía salir de mi cuarto sin su orden expresa

Si tenía que planear un plan de huida, necesitaba acceder a esa información. ¿Cómo escapar si no sabía dónde estaba o que día era? ¿Cómo aprendía a evitar o desconectar las cámaras de seguridad que rodeaban “mi hogar”?

Ya no podía demorarlo mucho más, insistía en que deseaba ser padre. Pese a divertirse conmigo por las noches, me di cuenta que iba en serio cuando dejó de golpearme el tronco y se centró en mi cara, brazos y piernas. Era su manera de cumplir las indicaciones del médico.

Decidí posponer mi fuga de nuevo cuando vi llegar a mi *marido*. Estaba fuera de sí. Una vez más se desahogó conmigo, me usó de punch hasta que la rabia disminuyó para dar paso a su enfermiza lujuria.

Para cuando acabó conmigo, casi abandono el mundo de los vivos.

Lo que sucedió después, para mí es un enigma, sólo se lo que me han contado. Ésa vez, las heridas fueron tan graves que casi me mata, por lo que se vio obligado a ingresarme en una clínica privada.

Mi querido esposo no pasaba tan desapercibido como creía. Tras mi ingreso, se dio un chivatazo y hubo una redada, de éstas que impresionan y que parecen sacadas de una película policiaca. Se detuvieron a muchos de sus hombres en sus propiedades, se confiscaron drogas, armas, liberaron a algunas mujeres e incluso pudieron detener una operación para extraer el hígado a una desdichada.

Los días siguientes se fueron poniendo en libertad a las esclavas que estábamos bajo su yugo, ingresándonos primero en un hospital, recibiendo

tratamiento para nuestros golpes, enfermedades y patologías psicológicas.

Me incluyo porque es ahí donde desperté. En esa última paliza me reventó un riñón, por suerte, resistí la operación. Estuve en coma cerca de una semana. Cuando recuperé el conocimiento, no podía creer lo sucedido.

¿Libre por fin?

Capítulo 3

Los médicos no dejaron que la policía me molestara hasta no estar seguros que mi vida no corría peligro. Benditos sean por darme unos días de calma.

De relativa paz. Mi propio demonio interior no me daba descanso. Tenía sed de venganza. Sentía la necesidad de hacer daño y desgarrar.

El día que el sargento Sánchez entró por la puerta, supe que me lo iba a poner muy difícil. Sus ojos querían respuestas y no estaba segura de poder darlas. Mejor dicho, de querer darlas. Como nadie había venido a visitarme, no sabía que es lo que pasaba, la situación en la que me encontraba. Ya me había juzgado, podía verlos en sus ojos. Conocía la historia del resto de chicas y para ellas, yo era tan perversa como mi *marido*.

El sargento me habló de la operación policial, de las cantidades incautadas de armas y drogas, de las chicas rescatadas. Quiso saber mi historia y se la conté. Las enfermeras acudieron en mi ayuda, diciéndole que debía dejarme descansar, que volviera más adelante.

Durante la siguiente semana pasó a visitarme una hora al día. Sabía que mis respuestas no acababan de agradaarle, pese a la cantidad de sedantes que tenía en el cuerpo sabía que buscaba algo de mí.

Al fin, se encaró.

Ninguna de las chicas rescatadas quería hablar de mi maridito, la sola idea de hacerlo las aterrorizaba. Al igual que yo al enterarme que era uno de los pocos que se habían escapado. Peor aún, no conocían su verdadera identidad. La policía sólo sabía que yo era la dueña de muchas propiedades, lo cual no les encajaba con la historia **de** que me habían raptado, apaleado y violado.

Temí que no me creyeran, vaya si lo temí.

No le gustó oír lo que le conté, mucho menos que lo retara a preguntarle a las chicas, como me odiaban por ser más fuerte. Que no las había vuelto a ver desde que decidieron casarme. Le conté lo que me atreví, no me gustaba la manera en que me miraba .

Sigue sin gustarme como lo hace.

Mi historial médico dejaba claro que mi situación tampoco había sido fácil. La mayoría de mis órganos estaban afectados. Fui tan victima como el resto, mis circunstancias fueron diferentes y me acomodé lo mejor que pude.

No pienso pedir perdón por sobrevivir.

Recuerdo que se fue como una tromba del hospital, hasta las enfermeras vinieron a ver si me había hecho algo. Volvió esa misma tarde, su furia, me puso tan nerviosa que me negué a verle. Por suerte, los médicos me apoyaron y no le dejaron acercarse en unos días. Hasta que no se calmó, me negué a dejarlo pasar. El pánico a que me maltrataran eran tan real que ni los sedantes podían evitarlo.

Mi historia molestaba al sargento. Significaba que mi marido tenía alternativas preparadas si las cosas se le complicaban. Detestaba no saber el alcance de su poder o de su red.

Quiso obligarme a decirle su nombre, no pude, ¿Cómo revelar algo que se desconoce? ¿Cómo pronunciar un mote que te causa pesadillas?

Le di lo pocos datos que tenía. Luego intentó forzarme a firmar unos documentos donde renunciaba a todo lo que estaba a mi nombre. Ahí saltaron mis alarmas.

¿Renunciar a las posesiones de mi amo siguiendo éste libre? ¿Acaso quería que me mataran?

Tuvieron que echarle cuando quiso obligarme.

Los medios jamás creyeron mis motivos para no renunciar a esa herencia. No fue por avaricia sino por miedo. Nadie sabía el paradero o la identidad de mi marido. Drogada o no, era consciente que si mi *marido* me encontraba tras renunciar a lo que consideraba suyo, lo que había padecido hasta ahora, era un juego de niños.

Por las noches las pesadillas me atormentaban tanto que tuvieron que subirme la dosis de somníferos.

Cuando dos médicos y dos enfermeras se acercaron con caras solemnes, supe que algo iba mal. Ese maldito, me iba a matar aunque no fuera con sus manos.

Fue peor de lo que pensaba. Iba a ser madre.

La noticia fue una bomba. No me sentó muy bien. Mi locura interior estalló cuando me explicaron que podría ser la última vez que estuviera embarazada. Como sospechaba las palizas continuas me habían provocado varios abortos espontáneos. Mi matriz estaba tan débil y fina como el papel de fumar. Corría el peligro de tener que extirpármela.

Vale, no me lo tomé de la mejor de las maneras. Decir que tuve un ataque de histeria es poco, me volví loca. No quería que creciera dentro de mí el hijo de ese monstruo, por inocente que fuera de su crueldad. No soportaba la idea de que estuviera en mi interior.

Así fue como me encontró mi padre.

Mi madre venía tras él, con los ojos llorosos, asustados. Con un bonito ojo negro, medio oculto tras una buena capa de maquillaje.

¿Si sentí miedo al verlo?

La verdad es que no, solo era un espectro de mi pasado. Una sombra lejana que no parecía formar parte de la nada. Su dura mano y su cinturón inflexible eran suaves caricias en mi mente. Dos años en las profundidades del averno era tiempo suficiente para hacerme ver el pasado de otra manera.

No me asustó el odio de sus ojos, ni su aspecto envejecido, al contrario. Me enfureció ver el estado enfermizo de mi madre. Aun me sorprende la rapidez con la que capté lo que sucedía, a pesar de la gran cantidad de calmantes que corrían por mi sangre. El terror a ser encontrada me mantenía muy lucida, tanto como para saber la escena que mi padre había escrito para mí.

Pretendía chillarme, humillarme y golpearme para recordarme quien mandaba, enseñarme cuál era mi lugar. Lo dejé amenazarme, insultarme, azuzándolo con mi silencio. No fue algo que hiciera a conciencia, llevaba mucho tiempo viviendo así, en el más absoluto silencio. Mi padre perdió los nervios, como siempre sucedía y las enfermeras no tardaron en aparecer. Los de seguridad lo sacaron a empujones del hospital.

Durante horas pude escuchar el cuchicheo del personal compadeciéndose de mí. En su amplio repertorio de insultos se incluía lo mala hija que era o lo desagradecida, sin olvidarse de sus malos augurios culpándome por lo sucedido. Creo recordar que también llegó a decir que me lo merecía por escapar de un buen hogar.

Intentó llegar hasta mi cuatro o cinco veces, dos lo consiguió. En la

primera, me arrancó el gotero; en la otra, aparte de un par de puñetazos y un diente roto, no consiguió ni una lágrima por mi parte. *¿Esa era el único dolor que podía infringirme? ¡Eran suaves caricias!*

El hospital puso seguridad ante mi puerta y le prohibió la entrada.

Como se filtró la noticia de quién era yo y donde estaba sigue siendo una incógnita.

Si fue una treta de la policía para coaccionarme y cediera, no lo se, pero estuvieron a punto de hacerme sucumbir .

La oportuna aparición de una de mis hermanas impidió que hiciera alguna tontería.

Tras mi desaparición, cogió a su familia y se escondió cuando nuestro padre se dedicó a amargarles la vida hasta que no pudieron más.

No me gustó saber que desde mi huida la tomó con las mujeres de la familia que habían escapado de su yugo. Eso incluía a mis sobrinas. Mi madre era su víctima favorita. Mis sobrinos estaban aterrorizados con la idea de pensar lo que pasaría si los encontraba. Mi hermana temblaba de miedo, no dejaba de mirar atrás por si aparecía nuestro progenitor a romperle un par de costillas otra vez.

Quise preguntar tantas cosas que no supe por dónde empezar. Tras tranquilizarla y asegurarle que no podría entrar, consiguió contarme el motivo de su inesperada visita.

Uno de los gemelos seguía los pasos de nuestro padre. El otro se mantiene cerca por el bien de nuestra madre, fue el que se puso en contacto con ella para que me alertara.

Los planes de mi padre eran sencillos: obligarme a darle el dinero que tenía a mi nombre, someterme y casarme con un fulano que estaba deseando molerme a golpes. Un pago justo por la enorme falta que había cometido en su mente enfermiza.

¿Cómo me atrevía a salir en la televisión o la prensa tras desaparecer para convertirme en una puta?

Me juré que nunca más volvería a ser una víctima. Dudo que se planteara lo que podían hacerle, a él y a nosotros, si robaba lo que no era suyo. No pensaba en las consecuencias.

¿Renunciar al poder que da el dinero teniendo dos enemigos tan letales? Ni loca. Pensar en mi padre y marido conseguía que los hilos de mi cordura estuvieran a punto de romperse. Ayudaría a mis hermanos y a mi madre

escapar de su puño, contrataría seguridad para protegernos de él y de mi marido.

Cuando mi hermana se fue, miles de preguntas rondaban por mi cabeza. ¿Quién le había contado a mi padre donde estaba y el alcance de mi sucio capital si era secreto de sumario? ¿Por qué motivo le habían llamado? ¿Conocían el temperamento de mi padre? ¿Sería cosa de mi marido? ¿De la policía?

Decir que sentí angustia es poco. No me ayudó que el sargento Sánchez apareciera con una mueca engréida. Puedo imaginarme de donde salió el chivatazo que le dio una pista a mi padre para encontrarme. A su favor, debo decir, que no le gustó ver mi desmejorado estado, mucho menos que tenía protección personal. Quiso convencerme de que diera a luz, presionarme para que renunciara a mi capital en las próximas veinticuatro horas.

Me negué.

Darle el gusto solo hubiese servido para dejarme en la calle, con el hijo de un monstruo en mis entrañas (qué sólo era un cebo para la policía), dejándome indefensa ante mi padre y sus planes; mi marido y su despiadada mafia.

Es posible que sólo hiciera su trabajo pero ceder implicaba dejarme desamparada. Volver a estar bajo un puño.

Le dije al sargento Sánchez que tarde o temprano mi *marido* llegaría hasta mí, que intentaran atraparlo entonces. Les facilitaría una muestra de su ADN ya que pensaba abortar y podría darles esa muestra condenatoria de su violación.

Aunque me sorprendió su furia, me pareció una reacción más bien tibia en comparación a las de mi *marido* o las de mi padre.

Como no quiero tener problemas con la ley, no voy a repetir las barbaridades que me gritó y que por suerte, escucharon muchos testigos. Entendía sus motivos, quería capturarlo a cualquier precio, no le culpo. Ya estaba harta que me pisotearan y humillaran, que me utilizaran como si mi vida no valiera nada.

Intenté explicárselo. Lo que conseguí fue que hablara con los médicos para darles entender que estaba loca, para que no tuvieran en cuenta mis decisiones.

No estoy muy segura de que le creyeran... pero la ley es la ley, ¿no?

Empezaron a sedarme por orden suya, para tenerme más vigilada y

controlada. No se los días que pasé así, dormitando como una ameba estúpida, recuperando las fuerzas.

Cuando hubo un accidente en cadena que colapsó el hospital, se demoraron demasiado en medicarme y me dio tiempo a pensar con claridad. En la cara de la enfermera vino a ponerme otra bolsa con los sedantes por vía intravenosa, vi su disculpa, estuve tentado a pedirle ayuda. ¿Para qué? O bien podía negármela o meterse en un buen lío por intentar ofrecérmela.

En cuanto salió por la puerta, doblé el tubo para que no me entrara más y me drogaran de nuevo, cerré el gotero y me quité el catéter. El dolor, me hizo sentir viva por un instante a pesar de la debilidad.

Mi familia tiene un don especial para pillarme en las mejores situaciones, y así fue como me encontró mi hermano. Como con el resto de personajes de mi historia, no revelaré su nombre, para proteger su intimidad. Aquel grandullón de aspecto duro, venía a escondidas por orden de mi madre. Me traía algo de ropa y comida. Fue un regalo del cielo.

Le conté lo sucedido, por su expresión supe que la familia no sabía nada de las decisiones del sargento. Casi mejor, mi padre podría haber aprovechado para hacerse conmigo aludiendo mi incapacidad mental o algo por el estilo.

Con su ayuda salí del hospital sin problemas. Al estar sedada sólo había un enfermero vigilándome que no estaba en su puesto debido a la colisión múltiple. No iba a quejarme por tener un poco de suerte.

Acabamos en una cafetería, donde pedí algo decente que no fuera bajo en calorías, sin sal o en poca cantidad. Aún veo a mi hermano riéndose con su mueca irónica al verme devorar un filete poco hecho, un enorme helado y un café bien cargado.

Vestida, alimentada y reconfortada por su presencia pude pensar en lo que quería hacer. Mejor dicho, en lo que debía hacer.

Mi prioridad, era encontrar un sitio donde ocultarme, para eso necesitaba dinero. Cosa que al principio me pareció imposible, hasta que mi hermano me recordó que se suponía que yo era una mujer rica. Sólo necesitaba identificarme en alguno de los bancos donde tuviera una cuenta.

Fuimos a una pequeña comisaría a poner una denuncia por robo, denuncié que me habían dado un tirón llevándose el bolso con la documentación. Como los medios no tenían fotos de mi cara, hice la denuncia sin de problemas.

Me pareció extraño que el sargento no hubiese puesto ningún tipo de alerta sobre mí, que no existiera ningún expediente sobre mi persona.

Esa noche, mi hermano y yo, haciéndonos pasar por pareja dormimos en un motel. Estuvimos pendientes de las noticias por si salía algo, pero no, por lo visto quería mantener mi desaparición en el anonimato.

A primera hora, con la denuncia y varias fotos, fui a una comisaría en la otra punta de la ciudad, esperando que me detuvieran en cualquier momento. Dos horas después, salía de allí con mi DNI en la mano. Ya no era una indocumentada.

Tenía órdenes precisas de mi marido de lo que debía de hacer, a que bancos acudir y qué pedir si él me lo solicitaba, algo que no dije a la policía. El afán del sargento por que renunciara no era normal.

Llegué a uno de los bancos que recordaba, enseñando mi DNI en ventanilla junto a la denuncia, dije que me habían robado el bolso. En seguida me hicieron un duplicado de la libreta y me solicitaron una tarjeta. Saqué fondos y quedé en volver en varios días para sacar otra cantidad más grande. Me informé si podía ir alguien en mi nombre y como podía hacerlo.

Nada más salir, buscamos un discreto hotel en pleno centro. Dejé allí escondido parte de mi botín y nos fuimos de nuevo a otra comisaría.

Al principio me costó que me dejaran hablar con un superior, cuando lo conseguí, me sorprendió la juventud del teniente con el que hablé. El teniente Carreño apenas pasaba la treintena, pronto me demostró que si estaba en su puesto, era porque lo valía.

Le expliqué lo sucedido, desde mi secuestro hasta tenerlo de frente. Sus preguntas fueron precisas, rápidas. Tomó nota de cada una de mis palabras. Quitando el que me recriminara un poco el hecho de escaparme del hospital me dijo que había demostrado un temple de hielo. Que había actuado bien a pesar de las circunstancias.

El mismo hizo la denuncia contra el sargento Sánchez, por saltarse las normas y la cadena de mando. Habló con sus superiores largo rato, mientras mi hermano y yo discutíamos sobre qué hacer con nuestra madre.

Mi mayor miedo era que el sargento fuera un corrupto guiado por la extensa mano de mi marido.

Cuando salió del despacho, tenía un plan definido. El sargento Sánchez fue sacado del caso, con un expediente abierto por su comportamiento, no podría volver a acercarse a mí y si lo hacía, la ley recaería sobre él.

Tendría que hacer una declaración jurada cuando capturaran a mi *marido*, declarando en su contra en su juicio. Era libre de abortar si lo quería, lo único que me pedían a cambio era una muestra del ADN del feto, cosa que acepté.

Quise saber su opinión al respecto sobre el patrimonio que tenía, si debía devolverlo o no. Tardó en responderme y cuando lo hizo, fue más una respuesta personal que profesional.

No podían obligarme a devolver algo que era mío, ya que aunque me habían forzado a casarme, acepté los votos y firmé. Legalmente era mío. Por más que provinieran de un monstruo, de mí dependía que de ahí en adelante ese dinero sirviera para hacer daño o no.

Mi deber moral era devolverlo, serviría para indemnizar a los afectados. Si lo hacía, era probable que yo recibiera una pequeña parte y me dejaran de nuevo sola por el mundo. O quizá tras un juicio consiguieran dejarme sin blanca a causa de algún tipo de agujero legal.

Con mi padre o mi *marido* sueltos por el mundo.

Ni hablar.

Capítulo 4

La policía quiso protegerme, Carreño insistió. Me negué, quizá la paranoia hizo mella volviéndome una loca imprudente. Si un hombre como mi *marido*, comerciaba con las mujeres como lo hacía, debía tener uno o dos topos en la policía. O bien para encubrirle o para darle los chivatazos. Si los tenía cerca, me localizaría con facilidad.

Mi hermano decía que había visto demasiada televisión, aunque no había humor en sus ojos al decírmelo sino preocupación.

Desaparecí dos días oculta en mi hotel. Le pedí a mi hermano que no volviera para no ponerlo en peligro. Mi *marido* no sería muy comprensivo si me veía junto a un hombre y dudo que nos diera tiempo a explicarle nuestro parentesco antes de matarlo. Si mi padre lo descubría tampoco le iría mucho mejor.

Mi hermano se puso como una fiera. Me asusté al verlo en ese estado. No soy una supermujer. Creo que fue el miedo de mis ojos lo que le hizo pararse en seco. Aceptó irse sólo por ir a ver a mi madre, aunque ambos sabíamos la verdad. Le tenía miedo. Ya no era la misma de antes.

Quise cambiar de hotel, me moría por llamar a mis hermanas, desee que mi hermano estuviera conmigo. Lo único que hice fue llorar. Me vine abajo cuando me di cuenta que había un coche apostado en la puerta del hotel.

No saber si era la policía o mi *marido* me enloquecía.

El gemelo vino a pesar de mis protestas para acompañarme a una clínica privada. Me llevé algo de ropa y el dinero en el bolso nuevo. Tras hablar con un doctor, hacerme una ecografía y un test psicológico, me dieron cita para el legrado.

Carreño llamó antes de salir de la clínica para saber el día y la hora, para prepararse. Le pregunté por el coche que me seguía desde unos días atrás, su

silencio me decía que no tenía nada que ver. Quería enviar una patrulla para tenerme bajo custodia hasta el día de la cita, no le gustó que me negara.

La imprudencia, la rabia y el miedo no me dejaban pensar, sólo sabía, que me negaba a dejarme manipular, dobligar o asustar.

Con la ayuda del doctor, al cual puso al día el inspector Carreño tras una rápida llamada, salí de allí por la puerta trasera disfrazada de enfermera. El gemelo, salió por la puerta derecho al taxi que lo esperaba fuera y que lo llevó cerca de casa mis padres.

Me preocupaban más sus vidas que la mía. Ya no era la de antes ni tenía los mismos valores.

Esa noche me oculté en un pequeño hostel no muy lejos de donde estábamos. Tras cambiarme el color del pelo y la ropa, que mi cuñado me había dejado en recepción, me dirigí a la clínica. No vi a nadie que me siguiera. Carreño me llamó para avisarme que estaba en la zona, preparado para cualquier eventualidad.

Mis atormentados huesos me advertían de la cercanía de mi *marido*. Lo que no supiera, no podría sacármelo a golpes. Cosa que hizo en cuanto dio conmigo pero mejor no adelanto acontecimientos.

Una vez en la clínica, el doctor habló conmigo, me dijo del tiempo que estaba y del delicado estado de mi matriz. Unos días más y no podría abortar ya que casi estaba de tres meses. Quiso saber mi estado de ánimo, me tranquilizó respecto al legrado respondiendo a mis preguntas.

Sin darme cuenta, estaba en aquella camilla.

Abierta de piernas y con una bata que cubría mi desnudez.

Ser violada durante dos años no me facilitó la situación. Entre más tensa estaba, más dolía. Por más que me recomendaran que me calmara, no lo lograba. Sentir algo en mi interior, provocaba recuerdos dolorosos en mi cuerpo que era incapaz de controlar.

Superé la prueba gracias a la dulce voz de la enfermera que me atendía y a una buena dosis de anestesia. La escuchaba susurrándome que me relajara y que pronto terminaría aquel malestar. Deseaba tanto creerlo que agarré su mano y como una cobarde, me puse a llorar antes de dormirme.

Aprendí a no demostrar mis debilidades, no siendo el juguete de un maníaco, sin embargo, ese día, me dejé llevar. Estaba perdida y sola.

Ahora soy consciente que ambos sabían quién era yo y cuál era mi historia. En aquel confuso día, olvidé mi fortaleza. Fueron unos profesionales

que hicieron un gran trabajo.

Al despertar estaba libre del monstruo. Su hijo no estaba en mi interior y la policía, no tardaría en tener su ADN. Otro gran pecado que mi padre intentaría cobrarme por asesinar a un hijo de dios.

Otro pecado más del que no me arrepentía.

Me llevaron a la sala de recuperación hasta ver si la hemorragia remitía, dejándome en la intimidad de un reservado.

Supe que había dado conmigo mucho antes que su puño se estrellara en mi cara. El dolor y la sangre me impidieron hablar o respirar mientras mi *marido* me sacaba a hurtadillas.

Para cuando recuperé la conciencia, me aterró. Su mirada prometía dolor, tortura y con suerte, mi muerte.

Me humilla reconocer que le supliqué, que rogué... No soportaba el tacto de sus manos sobre mi piel, sobre mi cuerpo. Detestaba el sonido de su voz.

Su furia no conocía límites al abofetearme para explicarme por qué iba a pagarlo. Como me atrevía sacar *su* dinero sin *su* conocimiento e iba a una clínica para abortar a *su* hijo.

Le mentí y de qué manera. El miedo no impidió que mi boca vertiera una mentira tras otra.

Le juré y perjuré que no lo había hecho. Al menos no todavía, que lo habían intentado, que estaba tan nerviosa que no pude, que me había echado atrás pese a que ya me habían sedado. Qué no podía hacerle eso a *su* hijo pese a la posibilidad que pudiera tener algún problema en la gestación y el estado del embrión.

Fue difícil mentirle, no solo se me atragantaban las palabras, sino que sus puñetazos casi me hacían decir la verdad. No quería más cadáveres sobre mi conciencia si me descubría.

Cuando hablé del dinero, fue un poco más sencillo porque le conté la realidad. Mi padre me acosaba y quería quedárselo tras casarme con un desconocido, el sargento Sánchez quería obligarme a renunciar, por lo que me había escapado. Para ocultarme saqué dinero suficiente para no aparecer a menudo por los bancos.

Casi me muero de un ataque al corazón cuando me exigió saber quién era el hombre que me acompañaba esos días. No pude ocultar mi miedo, me conocía demasiado bien. Le susurré, que era mi hermano mayor, intentando

protegerme de nuestro padre.

Él lo sabía, sólo mi sinceridad le salvó la vida. O esas fueron sus palabras. Seguía mi rastro desde el principio y conocía mis problemas con el sargento y mi padre. Lo único que desconocía era lo sucedido en las últimas dos horas dentro de la clínica.

A punta de pistola me arrastró por los laboratorios, hacia la puerta de entrada de mercancías. Recé a cada uno de los dioses que conozco para que ocurriera un milagro. Me aterraba estar de nuevo en su poder. Esta vez, no sobreviviría cuando descubriera que el legrado había sido llevado a término.

Encontraría una manera efectiva para suicidarme y salvarme del castigo por intentarlo. Me negaba a pensar lo que podía sufrir mi familia si lo lograba, mi propia miseria era más que suficiente.

Carreño mi gran milagro.

Mi *marido* me arrastraba, entre sus golpes, la anestesia y el legrado casi no podía moverme, por lo que salió el primero por la puerta. Carreño estaba esperándolo, le apuntó a la cabeza y le ordenó que me soltara. No tuvo tiempo de pensárselo, dos policías me arrancaron de sus garras y me protegieron con sus cuerpos mientras lo desarmaban.

El alivio fue tan grande que me desmayé.

Capítulo 5

La neblina confunde mis recuerdos de los días posteriores. Lo que sé me lo explicaron Carreño y sus agentes.

Resulta que la enfermera entraba a verme cuando vio que alguien entraba a hurtadillas en mi habitación, como estaba al tanto de mi situación llamó a la policía. Carreño tenía las líneas pinchadas y no perdió tiempo en salir a mi rescate. Ese día hizo nueve detenciones.

Mi *marido* estaba en la cárcel, a la espera de su juicio. Jurando que era inocente de los cargos que se le imputaban, culpándome de su precaria situación. Yo era la instigadora. La cabecilla de la red.

Las pruebas de ADN tardarían dos días en llegar, justo a tiempo para el juicio preliminar programado para la semana siguiente. No me atrevía a respirar de alivio, por si las cosas se complicaban.

Oh, mi desmayo no fue sólo eso. Resulta que tuve una hemorragia a causa de sus puñetazos. Me rompió un par de costillas y casi me reventó el riñón que me quedaba sano.

Lucharon por salvarme el útero cuando la cosa empeoró. No supe si alegrarme. Estaba a salvo del monstruo y no llevaba a su hijo en mi interior. Aunque inocente, su sangre convertiría nuestras vidas en una pesadilla.

Me veía incapaz de separarlo de su padre, de lo que me había hecho. A mi y a otras miles de mujeres más. Si mi *marido* se salvaba de la cárcel, lucharía por conservar no sólo su dinero sino a su heredero al que no tardaría en corromper.

El pensar tanto no es nada bueno.

Volvía a estar en un hospital en el más absoluto reposo si es que quería conservar alguno de mis órganos reproductores.

Reconozco fui una paciente espantosa, no dejé de intentar escaparme

cada vez que podía.

¿Por qué?

No tengo ni idea.

No les dejé otra opción que sedarme. Carreño no apreció mucho mis intentos de huir, por lo que dejó a dos policías en mi puerta. Jamás me interrogó al respecto. Sospecho que él entendía mejor mis miedos que yo misma.

Al abrir los ojos me sorprendió ver a mi madre, la muy desdichada no estaba sentada velándome sino en la cama del lado. Por su aspecto, deduje que mi padre sabía de su participación en mi huida del hospital. Lo que me preguntaba era si mis hermanos estaban en las mismas condiciones que mi madre.

El pitido de sus pulsaciones no presagiaba nada bueno.

Tampoco las voces airadas de mi dulce progenitor en la puerta es que me ayudaran a ver las cosas con mejor perspectiva. Insultos, juramentos, golpes. Me sumergí en el sopor de los narcóticos mucho antes de que pudieran llevárselo.

Al despertar, Carreño hablaba con mis hermanos, los que se habían atrevido a desafiar a mi padre e ir a verme. Les daba instrucciones de que pasos seguir para terminar con los malos tratos.

Cuando terminó de hablarles, se acercó. Agradecí tanto no ver compasión en sus ojos, sino afán de protección y de hacer las cosas bien, que terminé de contarle lo que quería. No le gustaron los planes de mi padre sobre mi futuro. Me aseguró que nada de eso se llevaría a término. Pretendía llevar ante la justicia a mi “prometido” y a mi padre.

El mismo día que mi *marido* se presentaba ante la ley, mi padre fue puesto en busca y captura después usar su vieja escopeta de caza contra los gemelos. Como no sabía cuál me había ayudado, decidió matarlos a ambos. Hirió a su favorito, aunque no se esperaba que su otro hijo lo atacara para protegerse.

Jamás pensó que intentaríamos defendernos. Hasta mi hermano herido recapacitó y dejó de culparme de sus desgracias, se replanteó sus decisiones entrando en un grupo de apoyo para maltratadores y denunciando a mi padre por intento de asesinato.

Suerte que no me permití creer que la pesadilla había terminado.

Durante las tres semanas que estuve hospitalizada, Carreño estuvo

haciendo horas extras. Su unidad al completo. Las cosas empezaron a precipitarse cuando la corrupción de la red de mi *esposo* empezó a mover los hilos para inculparme.

Lo que no se filtró a los medios es que sobornó al jurado popular, por lo que su juicio fue nulo. Un mero tecnicismo casi consigue ponerlo en libertad, la fortuna quiso que el fiscal se interesara por el caso y tomara cartas en el asunto. A instancias de Carreño, que lo acosó sin descanso, revisó las pruebas del soborno y evitó que saliera de rositas.

Sin demoras, sin periodistas y sin jurado popular, dos semanas después fue juzgado por cuarenta y cinco cargos distintos. En ese breve periodo, sus abogados falsearon pruebas suficientes como para culparme de su imperio delictivo. Es ahí cuando mi nombre se supo y se me relaciono con el caso “Sombra”.

Carreño se lo esperaba, por lo que me había interrogado junto una veintena de chicas más, que empezaban a ver que yo solo era la cabeza de turco. Presentó informes de forenses especializados de las habitaciones en las que vivimos. Aun quedaban muestras de mi sangre y ADN que seguían en el infierno donde nos encerraron, ya que nunca se limpiaba en profundidad, así como en el cuarto que mi *marido* me asignó mientras me reeducaban para el papel de esposa. En el cuarto principal solo había señales mías en su cama. El resto de la casa, estaba limpia, cosa lógica porque jamás la recorrí. Se entregaron varios informes sobre mi estado, físico y psicológico. Mi organismo estaba a punto de colapsarse y mi mente, al límite.

Las *amigas* escogidas para que frecuentara fueron interrogadas a pesar de las protestas de sus maridos o de sus influencias. Pese a que sus versiones se contradecían quedó en evidencia que veían que algo raro pasaba conmigo. Decían que era muy “respetuosa”, “formal” y “sumisa”, siempre dispuesta a agradar. Como nunca dije nada de los moratones fingieron no verlos. Era el precio a pagar si quería trepar por la escala social y pescar un buen partido.

Tuve que sonreír cuando admitieron que no se me veía muy feliz al tratarlas. Qué era toda cordialidad y sonrisas forzadas, que se redoblaban al aparecer mi apuesto y agradable *marido*. No hacían más que insistir en lo maravilloso que era.

Incluso con los dos policías uniformados que custodiaban mi puerta, sufrí dos intentos de asesinato después que fallara el rapto. Ignorar el miedo era imposible.

Mi marido quería eliminar el testigo principal. Con mi muerte además, recuperaba parte de su capital no embargado. Uno de los asesinos que apresaron para liquidarme confesó.

Según el policía infiltrado en prisión a petición del fiscal, mi amante esposo estaba muy confundido por mi actitud. Creía que sería un corderito que me dejaría guiar, que no me atrevería a ponerme en contra de su voluntad ni desoiría sus instrucciones. Seguía creyendo que seguía embarazada y que no pondría fin a esa vida.

El propio fiscal fue quién me lo explicó. No entendía como esperaba librarse de los cargos. Tuve que desengañarlo. Puede que no tuviera acceso al dinero que puso a mi nombre pero tenía la influencia y el poder necesario para acabar con nosotros y salir indemne. Sus contactos seguían sus órdenes al pie de la letra.

Al fiscal no le gustó que nunca me preguntaran si conocía a sus compinches. Le proporcioné los pocos nombres y descripciones físicas que recordaba.

Digo poco, por decir, ya que eran alrededor de una veintena. Como no pensaban que ninguna sobreviviera hablaban en nuestra presencia sin esconderse.

Conozco sus nombres, sus rostros, sus tatuajes, su voz., sus andares. Dos años lidiando con esas bestias casi a diario te hace imposible que olvides nada. Aun hoy, soy capaz de sentir su olor. Creo, que hasta reconocería el sonido de sus pasos. No se lo conté a Carreño, por descuido.

Un día antes del juicio se llevó a cabo una operación policial donde se detuvo a treinta y cinco sospechosos. Otros tres murieron en un tiroteo y se puso vigilancia a una docena más.

Esa fue la parte buena y fue la que salió en las noticias.

La mala fue que descubrieron otras chicas, la mayoría mucho peor que las que estábamos en el harén personal de mi esposo.

Fueron prostitutas desde niñas; obligadas a ser vientres... yeguas reproductoras a las que luego separaban de sus bebés, vendidos y desaparecidos por siempre. Cuando ya estaban demasiado ajadas, vendían sus órganos.

Las que tenían más suerte morían. O por las negligencias de los matasanos que las cuidaban o porque les quitaban el corazón para venderlo por Europa. De ellas, los medios no informaron ni una sola vez. Nadie las

mencionó.

Me sentí afortunada.

Ser violada infinitas veces, golpeada y torturada, era más delicado que lo que habían padecido esas pobres.

El día del juicio, pese a la labia y retórica de sus cinco abogados, mi *marido* fue condenado a 1235 años de cárcel. Lo que significaba que entre 10 y 20 años podría estar fuera. Me aterraba la idea. Quedaba pendiente el juicio por las imputaciones de las chicas salvadas el día anterior, por tráfico de blancas, órganos y drogas. Carreño estaba seguro que aparecerían nuevas pruebas y socios corruptos en las altas esferas que lo llevarían de nuevo al banquillo. Quería creerle.

La condena me daba un tiempo para poder cambiar de identidad y desaparecer.

No tuve tanta suerte. Otra vez se filtró a los medios donde estaba, empezaron a acosarme como si fuera la responsable. Les daba igual que fuera una víctima, que les pidiera espacio y comprensión. Querían titulares sensacionalistas y los obtuvieron. Las fotos de mi niñez junto a mis padres bombardearon los noticiarios e internet. Se entrevistó a vecinos y amigos. Se inventaron mentiras y calumnias sobre mis hermanos, que no dudaron en denunciarlo.

Las otras víctimas fueron presa del mismo acoso. Como si nosotras hubiéramos podido defendernos. Tampoco es que pudiéramos decir nada a causa del secreto de sumario. No queríamos tener problemas. *No se si alguien más aparte de Carreño y yo nos preguntábamos cómo podía saber tanto la prensa de algo que estaba sellado y pendiente de juicio.*

Capítulo 6

Para cuando conseguí salir del hospital, mi madre estaba mucho mejor. Si es que se le puede decir eso. Los médicos no querían decirme la verdad, lo podía ver en sus rostros, temían que recayera o me volviera loca.

Insistí tanto, que no les di alternativa más que contármelo, tras mi amenaza de denunciarlos.

El estado de mi madre era peor de lo que esperaba. Sus condiciones no distaban mucho de las mías, no solo física sino psicológicamente. Su cuerpo no aguantaría otra paliza más: su bazo y uno de los riñones, estaban casi pulverizados. Había perdido la audición de un oído, por no hablar de la presión intracraneal debido a los golpes. Uno más puede mandarla al otro mundo. Hablo en presente porque a día de hoy ese peligro sigue siendo muy real.

A veces tiene estados de lucidez y entiende que tiene que alejarse de mi padre, que terminará matándola. En sus días más oscuros intenta escapar de nosotros para volver con él. Día a día su cuerpo se recupera, su mente es mucho más complicada de sanar. Con frecuencia pienso que jamás lo logrará sino acepta que tiene el Síndrome de Estocolmo.

Esta ingresada en una clínica privada, cuyo nombre es nuestro mayor secreto. Los paparazzi consiguieron encontrarla una vez y no voy a arriesgarme a que ocurra una segunda, no es bueno para su precaria cordura.

Mi familia ha sido desprestigiada, vilipendiada e insultada. Tardé un tiempo en recuperar el valor para decidir denunciar cada una de esas infamias. A fecha de hoy, hemos ganado cinco querellas, quedan veintiuna.

Si creen que pretendemos hacernos ricos a su costa están equivocados, es que no aprenden la lección. Ese dinero ayuda a los míos a seguir luchando, no están dispuestos a soportar más mentiras. Bastante dura ha sido.

Lo peor fue hace unos meses, cuando salió a la luz la magnitud de mi fortuna y de la riqueza de mi *marido*. Por lo visto, he perpetrado vilezas que no sabía que existieran. Pretenden condenarme por no renunciar a ese dinero, a esas viviendas y posesiones. ¿Acaso el dinero incautado irá a parar a las víctimas o acabara en algún bolsillo corrupto?

Sí, son libres de opinar de mí, de mi familia, de las víctimas. Eso es incuestionable. Por lo que también estoy en mi derecho a tomar mis decisiones y tampoco deberían juzgarme.

¿Alguno de estos sensacionalistas ha pensado lo que me sucedería si lo hago? No. Ninguno.

Han pasado más de tres años y siguen acosándome para saber si he cambiado de opinión, si devuelvo ese capital que no se considera legítimamente mío.

Soy muy consciente que no lo es. ¿A qué bolsillo iría a parar? ¿A uno de los amigotes de mi *marido*?

Ese es uno de los motivos por los que no renuncio, por lo que unos meses más tarde de salir del hospital y ocultarme del mundo, empecé a hacer planes.

Tardé un tiempo en descubrir quién era el vecino que propuso comprar la casa a mi marido. Nada más abrir la puerta, supo quién era yo, me reconoció de los telediaros y de la prensa sensacionalista.

Fue violento.

Su atropellado discurso no solo rompió el silencio, también mi coraza de rabia y odio con la que me protegía. Me pedía perdón por no haberse dado cuenta de lo que sucedía tras los muros de nuestra cárcel, por nuestro sufrimiento.

¿Si lo creí? Sí, sin lugar a dudas.

Nadie puede fingir tanto arrepentimiento sin ser inocente. Además, sigo sospechando que tuvo que ver algo aquel día en el que quiso comprar la casa. Algo que lo intrigó lo suficiente para llamar a la policía. Nunca le he preguntado, tampoco me ha dicho nada. Es sólo una corazonada.

Mis motivos para ir a verle eran egoístas, una forma de rebelarme.

Si aún quería la casa, se la vendía, en cuanto fuera capaz de volver a entrar y extraer los artículos de valor. Lo que hiciese luego con la casa y los terrenos, no me importaba. Quizá por culpabilidad aceptó el trato y esperó unos meses para formalizar la venta

Con el dinero de la casa, las obras de arte y cualquier cosa que pudiera

venderse, he formado una organización para ayudar a las víctimas de mi *marido*. Sus vidas nunca volverían a ser lo mismo de antes, las secuelas de las pesadillas vividas nos marcó a fuego y lo único que podía hacer era brindarles un mínimo de consuelo.

El vecino, que resultó ser abogado, se ofreció a ayudarme al explicarme mis planes. Mi idea era sencilla, quería brindarles un lugar a donde recurrir a curar sus heridas físicas, psíquicas y espirituales. Un lugar donde pudieran hablar sin miedo, exteriorizar sus demonios para poder volver a introducirse en la sociedad. Proporcionarles una ayuda económica que les ayudara a empezar de nuevo en el lugar que escogieran lejos de los medios.

La familia de mi marido apeló dos veces para que no pudiera vender las tierras. Su sobrino, insistió en que podía aportar pruebas sobre la ilegitimidad de las escrituras a mi nombre. El fiscal y Carreño, quisieron revisar la documentación que decía poder aportar y detuvo la venta unos meses. Resultó ser falsa.

Si bien en el juicio de mi *marido* se estipuló que su fortuna sería repartida para compensar a sus víctimas, podían pasar años antes que la cobraran. Se recurriría y aplazaría el juicio tantas veces como fuera posible, hasta que no hubiese un veredicto en firme, ese dinero no podía ser tocado. Mi parte seguía intacta.

Mi abogado no sólo se ocupa de la organización y de las denuncias. Ha creado un pequeño bufete desde donde se controlan las cuentas y brinda apoyo legal a las chicas. Me instó a divorciarme. Cosa que no dudé en hacer cuando lo vi trabajar. Buscó resquicios legales que me lo permitieran a pesar de la negativa de mi *esposo*.

No dejó que vendiera las propiedades, me hizo contratar un administrador de confianza para que manejara mis finanzas sin tener problemas para que viviera de las rentas. Ese servicio forma ahora parte de su bufete para cualquiera que lo solicite.

Por eso pude ayudar económicamente a mi familia: mis hermanas pudieron pagar sus hipotecas, mi hermano independizarse. El otro gemelo fue ingresado en una clínica privada a petición suya, la traición y el disparo de nuestro padre lo dejó tan conmocionado que se puso en manos expertas para ayudarlo a romper el camino de autodestrucción que llevaba.

Mi otra hermana desapareció antes de aceptar mi ayuda. La encontraron muerta semanas después en un piso de alquiler. Carreño me contó que

fingieron una sobredosis para ocultar su asesinato.

Si fue mi padre, su *marido*, o el mío, no se sabía.

Me permití el lujo de ponerles protección hasta que sentí que estaban seguros.

¿Qué pasó después?

Al empezar con la organización me impliqué muchísimo, dediqué tiempo y dinero. No quería ni quiero reconocimiento. Lo hice porque era la única capaz de hacerlo. Necesitaba exorcizar mis demonios de alguna manera.

La prensa no supo ser amable conmigo por mi decisión de no devolver el capital; sus víctimas por el contrario agradecieron mi valentía. Gracias a eso, no solo tenían un lugar donde acudir, donde hablar sin temor, sino que se alegraban de tener alguien que les ayudara a empezar sin juzgarlas.

Esas oficinas me devolvieron la autoestima y la cordura. Pese a mi falta de estudio, estaba capacitada para dirigirlo.

Unos meses después de su apertura, apareció mi padre, harto de esperar una oportunidad para acabar conmigo. Su mente enfermiza me culpaba de arrebatarse su fácil y cómoda vida. Era la causante de sus desdichas.

Puñal en mano, me acusó de destrozarle con mis mentiras y avaricia. Me ordenó que le dijera donde tenía escondida a mi madre, que su deber era cuidarlo y obedecerlo. Nos haría pagar muy caro nuestra actitud en cuanto volviéramos al redil.

Me sentí orgullosa cuando esas mujeres empezaron a increparlo, en lugar de huir o llorar. Llamaron a la policía en cuanto empezó a gritar y supieron quien era.

Fue por ellas por lo que perdí el miedo, me enfrenté a él y luché. Paraguas en mano libré una batalla, absurda y mortal contra su cuchillo, de la que escapé con sólo con un par de rasguños. La policía tardó una eternidad en llegar. Cuando crees que vas a morir aprecias el tiempo de otra manera.

Hicieron falta tres agentes para reducirlo, aunque con su lengua viperina cargada de insultos y desprecios no pudieron.

Ha sido juzgado por malos tratos e intento de asesinato. Cada uno de sus hijos lo ha condenado, falta todavía el de mi madre... Quizá llegue el día en el haga acopio de fuerzas y se enfrente a sus pesadillas. Una orden de alejamiento es insuficiente.

No la culpo ni la juzgo. Entiendo su miedo.

Cuesta respirar cuando piensas que tu monstruo saldrá de la cárcel, en

lo que hará al encontrarte, en sus retorcidos planes de venganza.

Me cuesta volver a sentirme segura. Da igual cuanta protección contrate, a cuántos de los hombres de mi *marido* atrapen, juzguen o maten a balazos. El miedo es una enfermedad que te agarra desde dentro y se clava en tus entrañas liberando su ponzoña poco a poco.

Mi *marido* se negó a firmar nuestro divorcio fuera cual fuera el trato que mi abogado redactara. Si lo hacía, perdía su derecho legal a reclamar la mitad de mis posesiones al salir de la cárcel por estar casados a gananciales.

De alguna manera consiguió hacerme llegar una amenaza muy pintoresca, que también llegó a mi abogado. Dos dedos índices en total, pobre del desgraciado al que se los habían cortado.

Sí, sentí miedo. Me dejé llevar por el pánico.

Mientras estaba encerrada en casa tomando ansiolíticos y respirando en una bolsa, mi abogado llevó las cartas a comisaría. Conseguimos que mi *marido* pasara a una cárcel de máxima seguridad y le dejaran en aislamiento.

Eso tuvo que volverlo loco.

Intentó sobornar a varios agentes, por fortuna, quedó registrado en las cámaras de seguridad. Desde entonces, los agentes que pasaban por su zona nunca eran los mismos. Cuando repetían eran en diferente turno y siempre en parejas.

Casi un año después fue juzgado por esas amenazas e intentos de soborno. Le cayeron veinte años más, que sumados a las anteriores condenas podían hacerle pasar mucho tiempo a la sombra. Las noticias se hicieron eco del proceso y salió en titulares. Mi *esposo* no se lo tomó muy bien, creo que esperaba que sus amigos interfirieran y lo absolvieran de esa condena.

Me gusta pensar que en aislamiento no podía saber cuántos de sus socios corruptos estaban imputados, encarcelados, vigilados o muertos.

Desesperado al escuchar la sentencia, intentó escapar cuando lo llevaban de vuelta a la penitenciaría. Golpeó a uno de los agentes en la cabeza con su propia porra y lo usó de escudo para alejarse.

Al ser un caso tan complejo y con tantos imputados, un destacamento policial y de francotiradores rodeaban el juzgado. Estaban preparados para cualquier eventualidad, por si alguno de sus hombres (de los pocos que quedaran sin apresar) aprovechara para intentar liberarlo.

En el instante que cogió la pistola de su rehén, mi *marido* selló su destino. Fue abatido a tiros en cuanto le puso el arma en la sien.

Las noticias se cebaron con esas imágenes.

Capítulo 7

Durante tres días, permanecí oculta en un pequeño hotel en la sierra. No quería estar a mano si las cosas se torcían por lo que desconocía la situación.

La llamada de Carreño me paralizó tanto que tardé en responderle. Sus palabras me sonaron lejanas y ajenas. No podía creerle. Muerto. Aunque había sobrevivido al tiroteo, el infarto que sufrió al poco de llegar al hospital se lo llevó por delante.

Era libre del monstruo.

Aunque fuera imposible, esperaba que lo pusieran en libertad y la pesadilla retornara. Tenía preparados varios billetes de avión con diferentes destinos por si tenía que huir del país.

Era incapaz de asumir su muerte.

En los meses posteriores no testifiqué contra sus hombres, no hizo falta, demasiadas de nosotras les señalaron en las ruedas de reconocimiento. No fui la única que se negó a hacerlo por miedo pero si de las pocas que no se ha escondido en algún punto recóndito del país con una apariencia y un nombre nuevo.

Poco a poco, se descubrían cada uno de sus trapos sucios. La investigación policial fue exhaustiva, escrupulosamente minuciosa. Se dice que tardarán muchos años en salir. Estoy pendiente de cada uno, a la espera.

Los tertulianos televisivos comentan que es irónico pensar en lo que hicieron muchos al enterarse de la muerte de mi *marido*. Se suicidaron.

Carreño cree que los enemigos de mi marido se ocuparon de ese trabajito porque conocían demasiados secretos y podían proporcionar información para encontrarlos.

Que no estén consigue que las chicas viven más tranquilas.

He tardado mucho tiempo, esfuerzo y varios tratamientos en hacerme a la

idea de que soy viuda. Qué mi pesadilla a acabado. No voy a fingir que el mundo es de color de rosa, porque no es así.

Las secuelas físicas, me tienen destrozada, demasiadas palizas como para no resentirme con dolores y complicaciones; las psicológicas, son las peores.

Hoy mismo me he despertado sintiendo su mano en mi hombro y su aliento en la oreja. Dicen que el tiempo lo cura todo, espero que sea verdad, porque mira que han pasado días y cosas desde que estuve bajo su puño... y todavía siento su poder.

La organización va viento en popa, hemos crecido, madurado y sanado lo suficiente para dedicarnos a ayudar a otras víctimas como nosotras. Cada una tiene su propia historia, ninguna es más importante que otra, el sufrimiento es el mismo.

Hay quién sin ser víctimas se sienten fuertemente ligadas a nosotras. Tenemos un bufete de abogados, médicos (hombres y mujeres) que nos ayudan y muchísimos voluntarios que nos regalan su tiempo.

Gracias a las inversiones bien planeadas por el equipo que eligió mi abogado, hemos abierto varias delegaciones. He donado a otras asociaciones que considero que merecen mi ayuda.

Sigo pensando en estudiar aunque espero a ser capaz de volverme a mostrar al mundo, cuando las heridas curen podré enfrentarme a la gente con la cabeza en alto.

Soy una víctima, no una maldita trepa.

¿Qué me quedé con una fortuna? Es posible. Con ese dinero he intentado ayudar a los menos afortunados, tengo en mente varios proyectos más.

Suerte que no esperé a que fuéramos indemnizadas con la fortuna de mi marido, porque su capital era menor de lo que parecía. Quizá por ese socio poderoso y misterioso que he averiguado que existe hace poco.

He leído muchas teorías sobre eso, desde que se lo ha quedado el gobierno a que lo he reclamado yo como viuda. Ni una cosa ni otra.

Sus familiares reclamaron lo que les pertenecía por derecho.

Así como lo que les había robado o quitado mediante extorsión.

Demostraron con documentos que la mayoría de las propiedades imputadas les pertenecía.

No pienso dar nombres, merecen el mismo respeto que yo exijo. No tienen la culpa de ser familia del monstruo, no tuvieron mucha mejor suerte que el resto pero respeto que reclamaran lo suyo. Sería hipócrita juzgarlos

cuando hice algo parecido.

Aunque si me cruzo con las brujas de la madre y la hermana de mi difunto marido no se de lo que soy capaz. Ellas estuvieron conmigo preparando la boda. Se que pasaron por alto las evidencias de los malos tratos que sufría. Es imposible que no conocieran el alcance de su maldad o de la base de su inesperada riqueza.

Se escriben sin mi consentimiento biografías que me veo obligada a denunciar sin compasión. Si se menciona de mala manera a mi familia, a las chicas o la institución, mi pequeña legión de abogados se encarga de destruir al imbécil que se haya atrevido. Considero que hemos sufrido suficientes abusos para el resto de nuestra vida.

Mi familia y la organización me permiten sentirme una persona real, alguien que siente y respira. Me hace sentir que sigo siendo la misma aunque no lo sea.

Con mi viudez, he descubierto una veta cruel y salvaje que mantengo bajo mi fachada, como descubrieron los amigotes de mi marido. Los tertulianos no pueden estar más errados, no es irónico que murieran los secuaces de mi marido. Me encargué que se suicidaran o desaparecieran cada uno de los que se atrevieron a violarme. Los dos que faltan, no tardarán en dejar este mundo. Las ventajas de tener dinero cuando has estado en el infierno rodeada de criminales, es que sabes dónde y cómo puedes contratar cualquier servicio ilegal. Si tu marido les debe dinero y estás dispuesta a pagárselo, se convierten en tus mejores aliados.

El inesperado y misterioso socio de mi difunto esposo del que me informó mi reciente y esporádica red de ajuste de cuentas, mandó a un asesino a sueldo para que me eliminara, burlando a la veintena de guardias que tengo vigilando mi casa.

Por primera vez en mucho tiempo no sentí miedo sino alivio. Me costaba aceptar mi propio monstruo interior por lo que aceptar la muerte era una bendición. No tuve esa suerte, sus órdenes eran llevarme con vida ante el socio.

Mis hombres nos atraparon cuando estábamos saliendo de la finca. Demostró que era bueno en lo que hacía cuando derribó a tres con sus manos desnudas. Lo detuvo una pistola en la sien y el toque de un taser eléctrico.

No dejé que lo mataran ni lo llevaran a comisaría. Si quería obtener

respuestas tendría que jugar tan sucio como mi enemigo.

Admiré su estilo, por lo que le ofrecí un trato, ya no tenía nada que perder. Mi sangre fría y mi falta de miedo a la muerte, le hizo tanta gracia que me enfureció.

Gracias a un puño americano le convencí para que dejara de hacerlo. Conocía de sobra los puntos vitales donde golpear. Me dolían cada uno de ellos.

Después de eso, lo solté. Le insulté pidiéndole que su amo enviara a alguien mejor si quería mi cabeza.

Duplicué la seguridad y esperé mientras seguía con mis clases de defensa personal y Krav Maga. Al mes, cuando salía a ver a mi madre, volvió a cazarme.

No llegamos ni a su coche antes que volvieran a encontrarnos. Acabó en mi casa con la cara tan desfigurada y lastimada como mis puños.

Tras quedarme a solas con él. Me emborraché.

Si bien lo necesitaba reconozco que no fue una de mis mejores decisiones.

En realidad, no quería hacerle daño. Me sentía obligada a sonsacarle la información. Tras tres cuartos de una botella de ron, le confesé tantas cosas que me avergüenzo de mi debilidad. Le pedí que la próxima vez que me encontrara, me matara. No le tenía miedo a la muerte, que casi me hacía un favor.

Le ofrecí un trago y le conté la historia de mi vida. Al lado de mi marido, su profesión era un juego de niños. Él conocía la ética y el honor. Le liberé, ya conocía la puerta de salida.

Creo que eso sonó a declaración de amor.

Recibí un ramo de rosas negras en mi oficina al día siguiente. Era espectacular, fragante y misterioso. Me gustó tanto que no le dije a Carreño de quién procedía. Si era el beso de la muerte, lo estaba esperando.

A las tres semanas, no llegué a casa de mi hermano. Desperté en la cama de un hotel, envuelta en pétalos de rosa y música suave.

Una muerte muy dulce.

No podía estar más equivocada.

Los tres días que pasé encerrada, creí morir un centenar de veces, aunque de placer. Si bien al principio me ató a la cama, cuando creí que iba a matarme, descubrí que era para garantizar mi cooperación.

Él entendía mejor que yo mi miedo y rechazo a que cualquier otro hombre me tocara. Mi temor a pervertir a nadie por lo que me habían hecho.

Me corrompió de tantas placenteras maneras que soy incapaz de pensar que nadie más me toque.

Empezó a colarse en mi cuarto con asiduidad, sin importar que hicieran mis hombres por evitarlo. Se convirtió en nuestro juego de seducción.

Al principio daba igual cuantas clases de defensa diera. Siempre ganaba en nuestras peleas previas. Con el tiempo, nuestras luchas se convirtieron en un preludeo sexual. El que ganaba, seducía y sometía al vencido.

De esa sucia y tentadora manera, nos convertimos en amantes.

Asesino o no, me mimra de una manera vergonzosa.

Ha localizado a mis dos prófugos. Se ocupará de que desaparezcan de una manera creativa y dolorosa en los próximos meses.

Comparte mi cama con tanta asiduidad como mata, que no es poco decir. Esa es la parte oscura que mantengo oculta a mi familia. Él se ocupa de dar caza a los integrantes del imperio de mi marido.

Destruye sin compasión a quién estuviera enterado de sus barbaridades y no movió un dedo para detenerlo.

Mi familia política siempre está vigilada. Aunque la mayoría es inocente de la barbarie que vivimos, me tranquiliza. Es cuestión de tiempo, que el socio cometa un error y se ponga en contacto con el sobrino favorito de mi difunto marido.

Ahora saben, que su asesino es mío y eso los atemoriza. Jugamos una partida muy peligrosa. El socio y el sobrino, son el rey y la reina blancas, esto no acabará hasta que caigan.

Tengo a ese muchacho en el punto de vista desde el principio, desde que cruzamos nuestras miradas en el juicio.

Carreño, viene a visitarme con frecuencia, se ha convertido en un buen amigo, me mantiene al día de los cambios.

A veces me pregunto si sospecha que soy la responsable de la desaparición de la mayoría de bandas y organizaciones que se dedican al tráfico humano que pasan por el país.

Admira la devoción que demuestro a las víctimas. Es un hombre extraordinario, al que no dudo en brindarle mi apoyo cada vez que puedo. No voy a negar que presenté una carta de recomendación para que le ascendieran o le dieran una condecoración. Es gracias a su tesón que muchas mujeres

siguen respirando.

Si no fuera porque mi amante decidiera hacerle una breve y mortal visita, me plantearía aceptar sus insinuaciones veladas. No quiero depravar a una persona tan valiosa y decente.

¿Más pesos sobre mi conciencia? No, gracias.

A los que siguen mi caso, les reconozco que mantener el equilibrio y la cordura es difícil, no lo niego. Ver las sonrisas de mis sobrinos y hermanos, me entibia el corazón cuando noto que se endurece.

Tantos los amigos como enemigos de mi carcelero, se mantienen lejos de los de mi sangre.

Saben que de tocarlos acabarían recibiendo los pedazos de sus propias familias como les advertí. O quizá se deba a una entrevista con mi amante, que me consiente y protege desde las sombras.

Lo supe, cuando se ocupó de demostrar que el sargento Sánchez era un corrupto. No lo hizo desaparecer sino que lo desenmascaró, llevándose a unos cuantos cómplices en su caída. Su juicio será en unos meses, estoy deseando ir a testificar en su contra pese a las recomendaciones de Carreño.

Fui a la cárcel a ver a mi padre. Necesitaba decirle a la cara que se pudriría allí dentro. Me confesó que la muerte de mi marido no fue accidental. Se jactaba de introducirle aire en el gotero, cuando estaba en coma y él estaba allí para una revisión médica. Se vanaglorió que la policía no lo hubiese detectado. Me contó los planes que mi prometido y él habían trazado para llevarme por el buen camino.

No pude tolerar que se riera de nosotros. Que fuese él quién perpetrara el más oscuro de mis deseos. Deseaba que hubiese sido mi mano la que acabara con el maltratador de mi niñez.

Me juró que en plazo de dos meses saldría. El maldito tenía razón.

De no aparecer muerto ayer dentro de su celda, hoy estaría aporreando puertas en nuestra busca.

Un silencioso Carreño me avisó de madrugada para notificarme su inesperado fallecimiento.

No voy a negar que me siento aliviada.

La única que ha llorado su muerte ha sido mi madre, a quién han tenido que aumentar la dosis de antidepresivos. El resto, hemos ido al funeral para apoyarla, no porque sintiéramos ningún afecto por el cuerpo que introducían bajo la lapida.

Soy consciente que suena cruel. ¿Se puede llorar por alguien que has temido y odiado a partes iguales por tantos años?

Se que los medios no entendieron porque exigimos un entierro intimo. Se barajaron tantas hipótesis que he decidido romper mi silencio.

Fuimos muy pocos los que nos despedimos del desdichado de mi padre. No tenía más familia, ni amigos. Solo acudieron dos personas.

El prometido que intentaba imponerme y el marido de mi difunta hermana. El primero fue detenido al intentar sacarme a la fuerza del cementerio, como dicen en los cotilleos televisivos. En eso no se equivocaron los paparazzis.

Lo que lo retiene en la cárcel son las pruebas que lo acusan como cómplice de mi padre.

No he falseado ni inventado nada.

Mi amante está deseando que salga para hacerle una breve visita. Aunque me ha jurado que no piensa matarlo, me mentiría a mi misma sino supiera que planea hacerle daño.

Mi antiguo cuñado salió por su propio paso del cementerio.

El miedo de sus ojos, me advirtió que ya había sufrido la visita que mi amante. Si estaba allí, era porque no tenía nada que ver con la muerte de mi hermana por mucho que fuera como mi padre. Fui incapaz de tenerle un mínimo de lástima.

Los medios pueden decir lo que quieran, no están en mi piel ni sufrieron tantos años de sufrimientos, vejaciones y dolor. No voy a permitir que se nos humille más.

Soy yo la que tiene que convivir con el monstruo que habita en mi interior, la que es infértil y está llena de cicatrices físicas y espirituales. Una mujer seducida por un asesino sin el que se ve capaz de seguir. Alguien que no deja de aprender técnicas de defensa cuerpo a cuerpo.

No, mis queridos, no soy una víctima.

Nunca más.

SOBRE LA ESCRITORA



Hija de padres pacense-granadinos, nació en Girona en Junio de 1979. Descubrió su pasión por la escritura en el instituto, donde escribió su primera novela corta para sorpresa de su profesora de lengua. Ha recorrido un largo recorrido desde que empezó a crear relatos cortos en las agendas de sus compañeros. Enamorada de Granada y Madrid, ciudades donde ha vivido rodeada de ávidos lectores y amantes de los juegos de rol, ha desarrollado un estilo propio y personal.

Tras realizar varios talleres de escritura en *Portal del escritor* y *Fuentetaja Literaria*, decidió escribir su primera novela larga. Aunque ésta quedó guardada en el cajón durante muchos años hasta hace poco y se embarcó en otros relatos bajo el seudónimo Eva Andraya.

Aunque ha colaborado esporádicamente en blogs, revistas digitales y webs, entre ellas, su propia web en **evaandraya.com**.

Prisionera es la primera novela negra publicada después de su vuelta a la escritura tras unos años de descanso.

Se la puede seguir en diferentes redes sociales o ponerse en contacto a través de **info@evaandraya.com**.